

agiotistas de elevada alcurnia como Conti ó de Antin; y de todos los grandes señores sólo se procesó al duque de La Force, que había especulado por medio de testaferreros y que fué amonestado por el Parlamento. En cambio un decreto del Consejo de 29 de julio de 1722 designó ciento ochenta y cinco personas para que pagasen, en forma de capitación extraordinaria, un impuesto de 187 millones; eran «gentes salidas de la nada» que de pronto se habían hecho «demasiado ricas,» «sanguijuelas repletas de riquezas.»

Por lo demás, la operación del Refrendo fué incompleta, porque muchos acaparadores de numerario enviaron al extranjero lo que poseían y aun algunos emigraron; otros abstuvieron de presentar nada á la comprobación, prefiriendo perder sus títulos á ser objeto de una tasación arbitraria. De los tres ó cuatro mil millones que, según se dice, representaban los efectos en circulación, sólo acudieron al Refrendo 2.222 millones que fueron presentados por quinientas once mil cabezas de familia; los comisarios redujeron esta cantidad á un valor total de 1.700 millones, de suerte que el Estado hizo una bancarrota de 522 millones que pesó sobre aquellas familias.

También hubo de hacer bancarrota la Compañía de las Indias: de las 125.000 acciones sometidas al Refrendo, 69.000 fueron anuladas y las 56.000 restantes se adjudicaron á las categorías de accionistas que á du Verney plugo determinar.

El gobierno mostrósé entonces más benévolo con la Compañía, y como había de pagarle una renta de tres millones por los 100 millones de billetes de Estado que aquella había retirado de la circulación cuando emitió sus primeras acciones, satisfizo su deuda adjudicándole el arriendo del patrimonio de Occidente, es decir, el impuesto del 3 por 100 sobre las mercancías procedentes de América, que podía producir un millón, y el de los tabacos que valía seis millones anuales. En resúmenes cuentas, el impuesto sobre los millonarios, la reducción del valor de los contratos y la disminución del número de las acciones produjeron un beneficio de unos 848 millones al Estado, el cual, por otra parte, se encargó del pago de las deudas subsistentes, es decir, de un interés de 47 millones anuales en renta perpetua al 2 y  $\frac{1}{2}$  por 100, y 16 millones en renta vitalicia al 4 por 100.

El último episodio del Sistema y del Refrendo fué un auto de fe: en una caja de hierro de diez y ocho pies de largo por ocho de ancho, metieronse billetes de banco, acciones, actas notariales, contratos y registros de liquidación y se quemó todo públicamente, desapareciendo así las pruebas minuciosas de las violencias en el Refrendo realizadas.

El Regente, después de la caída del Sistema, habría podido salir de apuros sin necesidad de recurrir á la bancarrota y al despojo, pues habría podido firmarse un convenio entre el Banco, la Compañía de las Indias y sus acreedores, reconociendo el Estado al Banco y garantizando las cifras fijadas por éste; pero estaba en las tradiciones el resolver violentamente las crisis financieras.

La monarquía, que nunca supo tener una hacienda regular, habíase acostumbrado, para atender á todas sus necesidades, á vivir de expedientes y de bancarrotas.

## CAPITULO III

## EL ABATE DUBOIS (1)

I. La personalidad de Dubois. — II. La Triple Alianza (1716-1717). — III. La Cuádruple Alianza y las dos conspiraciones de la duquesa del Maine y de los bretones (1717-1720). — IV. Aproximación de Francia y España (1722). — V. La política molinista de Dubois (1720-1721). — VI. Fin de Dubois y del duque de Orleans (1723).

## I.—La personalidad de Dubois

Toda la Regencia está, por decirlo así, dominada por dos personajes singularísimos, Law y el abate Dubois.

Nadie quizás ha sido tan maltratado por Saint-Simón como el abate Dubois, ese hombre «fuerte del vulgo,» «de la hez del pueblo,» y que se encumbró «á fuerza de griego y de latín, de bellas letras y de ingenio...»

(1) FUENTES: Saint-Simón (t. XIII, XIV, XV, XVII, XVIII y XIX), Buvat, Villars (t. IV), Mouton d'Angerville, ya citados.

*Recueil historique d'actes, négociations, mémoires et traités depuis la paix d'Utrecht jusqu'au second congrès de Cambrai inclusivement*, por M. Rousset, 21 volúmenes, La Haya, 1728, 1755, t. I y II. Lamberty (de) *Mémoires pour servir à l'histoire du XVIII<sup>e</sup> siècle contenant les négociations, traités, résolutions, et autres documents authentiques concernant les affaires d'Etat*, 2.<sup>a</sup> ed., Amsterdam, 1735-1740, 14 vol., t. IX, X y XI. *Mémoires secrets et correspondance inédite du cardinal Dubois, premier ministre sous la régence du duc d'Orléans, recueillis mis en ordre et augmentés d'un précis de la paix d'Utrecht*, por L. de Sevelinges, París, 1814, 2 vol. Alberoni (J. M.), *Lettres intimes adressées au comte J. Rocca publiées d'après le manuscrit du Collège de Saint-Lazare-Alberoni*, por Emilio Bourgeois, París, 1893. *Memoirs of the life and administration of sir Robert Walpole*, 1798, 3 vol., t. I. Argensón (M. de), *Journal et Mémoires (1697-1757)*, pub. por E. J. B. Rathery, París, 1859-1867, 9 vol., t. I y III. Staal de Launay (Sra. de), *Mémoires*, col. Petitot, t. LXXVII. Berwick (mariscal de) *Mémoires*, col. Petitot, t. LXVI. *Chansonnier historique du XVIII<sup>e</sup> siècle* (Colección Clairambault-Maurepas), pub. por E. Raunié, París, 1879-1884, 10 vol. *La Régence*, París, 1879-1880, 4 vol.

OBRAS DE CONSULTA: I emontey, Lacreteille, Jobez, Michelet, Wiesener, Baudrillard (Alf.), Aubertin, Rocquain, Perey (*Le Président Hénault*), ya citados.

E. Bourgeois, *Manuel historique de politique étrangère*, t. I, París, 1898. Flassan (de), *Histoire générale et raisonnée de la diplomatie française*, París y Estrasburgo, 1811, 2.<sup>a</sup> ed., 7 vol. *Le droit public de l'Europe fondé sur les traités conclus jusqu'en l'année 1740*, s. l. 1746, 2 vol. (Mabli). Coxi, *L'Espagne sous les rois de la maison de Bourbon depuis Philippe V jusqu'à la mort de Charles III (1700-1788)*, trad. Muriel, París, 1827, 6 vol., t. I á III. Seilliac (de), *L'Abbé Dubois, premier ministre de Louis XV*, París, 1862. Bliard (El P. P.), *Dubois cardinal et premier ministre (1656-1723)*, París, t. I, 1901. Cheruel, *Saint-Simon et l'abbé Dubois* («Revue historique», t. I; 1876). Lord Mahon (Stanhope), *History of England from the peace of Utrecht to the peace of Versailles (1713-1783)*, 7 vol., 1836-1853, t. I y II. Lecky, *History of England in the eighteenth century*, 1878-1890, 8 vol. Weber, *Die Quadrupel Allianz vom Jahre 1718*, Viena, 1887. Lègreille, *La diplomatie française et la succession d'Espagne (1659-1725)*, París, 1888-1892, 4 vol., t. III y IV. Campardón, *Préface du Journal de Buvat*. Carné (de) *Les Etats de la Bretagne et l'administration de cette province jusqu'en 1789*, París, 1868 y 1875, 2.<sup>a</sup> ed., 2 vol. en 8.<sup>o</sup>, t. II. La Borderie (de), *La Conspiration de Pontcalec* («Revue de Bretagne et de Vendée», t. III, enero de 1858). Boutry (M.), *Une créature du cardinal Dubois, Intrigues et missions du cardinal de Tencin*, según los Archivos de los Negocios Extranjeros, 1902. Funck-Brentano (Franz), *Légendes et archives de la Bastille* (Sra. de Launay), París, 1898. Rambaud, *La visite de Pierre le Grand à Paris* («Revue politique et littéraire», t. LII, 1893, 2.<sup>o</sup> semestre). *Recueil des instructions données*



EL ABATE DUBOIS

«Todos los vicios luchaban en él para ver cuál acabaría por dominarle, y hacían en él gran ruido y combatían entre sí. La avaricia, la incontinencia, la ambición eran sus dioses; la perfidia, la adulación, los servilismos, sus medios; la impiedad perfecta, su reposo, y la opinión de que la probidad y la honradez son quimeras con que el hombre se adorna y que en nadie tienen realidad, su principio como consecuencia del cual todos los medios le eran buenos.»

Este testimonio, que lleva la huella de prejuicios y odios aristocráticos, está contradicho por otros: la Princesa Palatina, madre del Regente, sostuvo con Dubois, durante quince años, una correspondencia en la que se ve el mucho caso que hacía de él; y Fenelón otorgó á Dubois su amistad y su estimación.

Nacido en 1656, hijo de un médico de Brive, Dubois vino á París á cursar filosofía en el colegio de San Miguel, cuyo director le recomendó al preceptor del joven duque de Chartres, el señor de Saint-Laurent, como apto para secundarle en sus funciones. Dubois fué subpreceptor del príncipe en 1683, y cuatro años más tarde preceptor titular; y advertido por la señora de Maintenón del propósito que tenía Luis XIV de casar al duque de Chartres con su hija natural, la señorita de Blois, preparó hábilmente ese negocio que se realizó en 1692. Conservó gran influencia sobre su alumno y le siguió en los ejércitos, lo que hizo sombra á muchos y le valió no pocas afrentas. Sus «gananas de agradar» eran objeto de burlas, pero Dubois dejaba hablar á los envidiosos: «Conforme con la rutina de esos señores, dice, me echan en cara el no ser hijo de un duque y par, el haber nacido, como ellos dicen, en el fango.»

Aquel hombre pequeño, flaco, de peluca rubia, tez plomiza y ojos penetrantes y malignos, seducía por su cariñosa fisonomía. Aunque tartamudeaba un poco, era un hablador sempiterno, de imaginación brillante, sobre todo en la mesa, en donde no comía ni bebía. Estaba dotado de un talento extremadamente lúcido, de una facilidad para el trabajo sorprendente, y de una voluntad tenaz. No sentía ningún escrúpulo; en la corte de Monsieur hizo vida libertina en compañía de un caballero de Lorena ó de un marqués de Effiat; era muy codicioso, y habiendo nacido miserable, llegaría á juntar con los productos de sus abadías y los emolumentos de sus cargos una renta de 630.000 libras, aproximadamente dos millones de hoy. Ambicioso en grado sumo, dispuesto á representar todos los papeles, con tal de alcanzar el fin que se proponía, medio Gil Blas y medio Frontín, fué más hábil y fuerte que todos los que le disputaban la influencia y llegó á ser lo que quiso: consejero de Estado, secretario de Estado, académico, arzobispo, cardenal, primer ministro, amo de Francia.

## II. - La Triple Alianza (1716-1717)

Dubois fué quien dirigió la política exterior de la Regencia. En el momento en que entró en funciones,

*aux ambassadeurs et ministres de France (Rusia)*, t. VIII-IX, Introducción, París, 1890 Wassileff (Mateo), *Russisch-französische Politik, 1689-1717*, t. III. De Haussonville, *La visite du Tsar Pierre le Grand, 1717* («Revue des Deux Mondes», 15 de octubre de 1896). Sainte-Beuve, *Nouveaux Lundis*, t. X (Luis XV y el mariscal de Noailles).

la paz estaba mal asegurada: Felipe V detestaba al Regente á quien acusaba, no sin razón, de haber querido substituirle en el trono de España, y mantenía sus derechos á la corona de Francia, resuelto á hacerlos valer, si moría el rey niño, y con ánimo de tener separados los dos reinos, dando uno de ellos á uno de sus hijos, á fin de cumplir los compromisos contraídos con Euro-



El cardenal Alberoni. Copia del grabado de P. Busch

da. Además, Felipe V sólo á disgusto había renunciado á las porciones de la sucesión que había sido preciso ceder al emperador, y, por último, veíase impulsado á las aventuras por su segunda esposa y por Alberoni, su principal ministro. Su esposa, Isabel de Farnesio, sobrina de Francisco, duque de Parma, y de Cosme, gran duque de Toscana, quería asegurar á sus hijos la reversibilidad de esos dos Estados; Alberoni, italiano como ella, modesto sacerdote llevado á España por Vendome y favorito de la princesa de los Ursinos, había inspirado el matrimonio de Isabel y para secundar la ambición de ésta, quería arrojar de Italia á los austriacos ó, por lo menos, recobrar de ellos el Milanesado, los presidios de Toscana y el reino de Nápoles, antiguas posesiones españolas. De suerte que los Borbones de España amenazaban á la vez á Francia y al Austria. Alberoni trabajaba con gran energía para robustecer á España, reorganizando la hacienda, el ejército y la marina, y

comprendió que en los conflictos futuros necesitaría la amistad de Inglaterra; en su consecuencia, Felipe V, á pesar de su repugnancia de devoto á tratar con herejes, firmó, en 14 de diciembre de 1715, con los ingleses un tratado de comercio que renovaba las cláusulas, no aplicadas todavía, del tratado de Utrecht, especialmente la que permitía á aquéllos enviar todos los años á las colonias españolas de América un buque cargado de mercancías y hacer allí la trata de negros (1).

El rey Jorge I de Inglaterra, empero, tenía razones para no indisponerse con el emperador. Carlos VI habíase negado en Rastadt á garantizar la sucesión de Inglaterra en la casa de Hannover, y el pretendiente, Jacobo Estuardo, tenía un partido en la corte de Viena; por otra parte, Jorge había comprado en 1715 Bremen y Verden á Dinamarca, que había conquistado esas dos ciudades á Suecia el año anterior, con lo cual habíase fortificado enormemente en su electorado que dominaba toda la región comprendida entre el Wéser y el Elba; mas para lograr la posesión tranquila de aquellas plazas necesitaba la investidura imperial. A su vez, el emperador, amenazado por España, no quería enemistarse con el rey Jorge, y el resultado de ello fué que, en 25 de mayo de 1716, los dos príncipes se garantizaron recíprocamente sus posesiones.

El Regente vaciló respecto de la conducta que le convenía seguir. Jorge I habíale hecho algunas insinuaciones antes de la muerte de Luis XIV; sabedor de que el rey de Francia había testado contra su sobrino, temeroso de una regencia de Felipe V y sospechando que los príncipes legítimos eran amigos del pretendiente, había, por mediación de su embajador lord Stairs, entrado en tratos con el duque de Orleans contra el duque del Maine. Pero Francia seguía siendo firme partidaria del pretendiente y contraria al sucesor de aquel Guillermo de Orange, á quien tanto había ella detestado, y quería la alianza española, no resignándose á la idea de que hubieran podido gastarse inútilmente tanto dinero y tanta sangre franceses. Así opinaban de Huxelles y de Torcy, que afirmaban que la alianza española debía de ser la base de la política francesa; y el duque de Orleans, al ser proclamado Regente, no se atrevió á afrontar la opinión, toleró que en Boulogne, en el Havre y en Dieppe se juntaran hombres y municiones destinados á una insurrección jacobita y permitió al pretendiente atravesar Francia y París para embarcarse en Dunkerque en 16 de diciembre de 1715. Por otra parte, el proyecto de una inteligencia topaba en Inglaterra con grandes resistencias y los ministros no querían, según ellos mismos afirmaban, jugarse su fortuna y su cabeza negociando una alianza con Francia.

La insurrección estallada en Escocia abortó y el pretendiente, acogido de nuevo á la hospitalidad francesa, puso al Regente en grave aprieto. En abril de 1716, el embajador Stairs reclamó la expulsión del pretendiente y de sus partidarios é insistió para que se pusiese el nuevo canal de Mardick en tal estado que sólo pudieran pasar por él barcos pequeños, pues uno de los agravios que contra Francia tenía Inglaterra era el de que el gobierno francés se proponía hacer de Mardick otro Dunkerque, cuyo puerto había sido destruido con-

(1) Véase la pág. 421 del tomo anterior.

forme establecía una cláusula del tratado de Utrecht.

Mas como subsistían para el Regente las razones que le movían á buscarse un apoyo contra España, la aproximación á Inglaterra se hizo, habiendo servido de intermediaria Holanda, á quien el resultado de la guerra de Sucesión había dejado descontenta. Holanda que, á costa de una deuda enorme, sólo había conseguido aumentar su costosa é inútil «barrera», quería, para rehacerse, el mantenimiento de la paz y sentíase, por ende, inclinada á la función de mediadora. El embajador de Francia en La Haya, Chateaufort, recibió, pues, el encargo de negociar con el pensionario, á quien aseguró que el rey de Francia deseaba concertar una alianza defensiva con Inglaterra para mantener los tratados de Utrecht y particularmente para garantizar el orden de sucesión en las coronas francesa é inglesa. Añadió que respecto del pretendiente y de Mardick, sería fácil calmar las susceptibilidades de los ingleses desde el momento, en que Francia estaba dispuesta á hacer todo cuanto fuese compatible con su dignidad; y expresó por último el deseo de que Holanda se adhiciese á la proyectada alianza. Las proposiciones de Chateaufort fueron bien acogidas en mayo de 1716.

Contar con el apoyo de Holanda era una victoria; pero el gobierno francés, ante las protestas de buena voluntad de los ministros ingleses, tuvo intenciones de dar largas al asunto. El Regente entonces resolvió trabajar directa y secretamente cerca del rey de Inglaterra por mediación del abate Dubois, consejero de Estado desde el 2 enero y en relaciones personales con el ministro Stanhope. Como Jorge I había de hacer con éste un viaje á Hannover, Dubois decidió esperarle á su paso para Holanda, y haciéndose pasar por un enfermo que viajaba y por un aficionado á libros y á cuadros, llegó á la Haya en julio de 1716, se dió á conocer á Chateaufort en las caballerizas de la embajada, y logró celebrar algunas entrevistas con Stanhope, á quien entregó dos cartas, una para el rey de Inglaterra y otra para él.

Stanhope exigió que, antes de entrar en negociaciones, el pretendiente saliese de Francia é hizo ver la dificultad de hacer del tratado de Utrecht la base de una alianza franco inglesa, desde el momento en que el rey Jorge era el aliado del emperador y que éste no había reconocido aquel tratado. Dubois logró en parte destruir las prevenciones de Stanhope y de Jorge, á quien no vió, pero que se enteró de la negociación; mas como no tenía los poderes necesarios para tratar, fué á buscarlos á París y se juntó nuevamente con el rey de Inglaterra en Hannover.

Instalado en 19 de agosto en la misma casa que Stanhope, estuvo negociando de la mañana á la noche, «en bata y gorro de dormir.» Aquella negociación era realmente su obra personal, porque los partidarios de la antigua política trabajaban cerca del Regente contra él; pero por suerte suya, Stanhope tenía motivos para mostrarse conciliador. Mientras los daneses habían arrebatado á Suecia los territorios de Bremen y Verden, el zar Pedro había ayudado á su sobrino, el duque de Mecklemburgo, á reducir á su nobleza á la obediencia, y había aprovechado aquella ocasión para ocupar el Mecklemburgo. Después de reconciliarse con Gustavo XII, el zar, en unión de éste, había pro-

yectado destronar á Jorge I y poner en su lugar al pretendiente, y desde el Mecklemburgo amenazaba Hannover y los ducados de Bremen y Verden. Jorge entonces temió que el Regente se aliase con el zar, que precisamente trataba de llegar á una inteligencia con Francia, y acabó por desear la alianza francesa con tanto afán como deseaba el Regente la alianza inglesa.

Dubois, después de una hermosa defensa, consintió en expulsar al pretendiente y en la demolición de las fortificaciones de Mardick; y Stanhope, por su parte, consintió la garantía de los tratados de Utrecht, firmándose el acuerdo en 10 de octubre de 1716. Dubois regresó á la Haya, conquistó la adhesión de los holandeses y, en 4 de enero de 1717, firmó con éstos y con Inglaterra una Triple Alianza, después de lo cual escribió al Regente:

«Ya estáis libre y yo veo disipados mis temores... Me considero muy dichoso de haber sido honrado con vuestras órdenes en un asunto tan esencial para vuestra felicidad y os estoy más agradecido por haberme otorgado esa prueba del honor de vuestra confianza que si me hubieseis hecho cardenal.»

La Triple Alianza fué mal recibida en Francia y se acusó al Regente, por haber concedido la expulsión del pretendiente y la demolición de Mardick, por haber sacrificado á su interés personal los intereses de la nación. La gente se olvidaba de que, después de la guerra de Sucesión de España, Francia se había salvado gracias á una paz particular con Inglaterra cuya condición *sine qua non* había sido el sacrificio de Dunkerque, y de que los trabajos realizados en Mardick tenían por objeto recobrar lo que había sido dado. Además, logrando para Francia, aislada en los comienzos de la Regencia y amenazada por la inteligencia anglo-española, el apoyo de Inglaterra y de Holanda, el Regente no trabajaba solamente para sí, sino que aseguraba el reposo á su país, que, después de un reinado lleno de guerras ruinosas, estaba necesitado de paz (1).

Apenas hubo el Regente concertado la Triple Alianza, el zar se propuso demostrarle la utilidad de una alianza rusa que reemplazase, para Francia, á la antigua alianza sueca, y se ofreció á lograr de Prusia y de Polonia que imitasen su ejemplo. Vino á París en julio de 1717 y su ministro Kurakine entró en negociaciones con el presidente del Consejo de Negocios extranjeros; pero el Regente y Dubois, viendo la hostilidad que reinaba entre rusos é ingleses en la Baja Alemania y en el Báltico, entendieron que una alianza rusa era incompatible con la Triple Alianza, y consideraron que una vez rota ésta, veríanse ellos nuevamente aislados enfrente de Inglaterra y de Austria, sin dejar por esto de tener por enemiga á España. En su consecuencia, limitáronse á ofrecer su mediación á los rusos y á los suecos para llegar á una paz que debía firmarse en Nystadt en 1721.

(1) Según Saint-Simón y de Argenson, Dubois se vendió á los ingleses; pero ni los documentos británicos ni la correspondencia de Dubois permiten suponer tal cosa, aparte de que Inglaterra no necesitaba comprar á un hombre que solicitaba ardentemente su alianza. Es interesante hacer constar, por el contrario, que Dubois intentó comprar á Stanhope y que prodigó el dinero en Inglaterra y Holanda.

### III. — La Cuádruple Alianza y las dos conspiraciones de la duquesa del Maine y de los bretones (1717-1720)

De regreso de la Haya en París y después de haber entrado, en 26 de marzo de 1717, en el Consejo de Negocios extranjeros, marchó Dubois á Inglaterra, en septiembre de aquel mismo año, á fin de negociar una ampliación de la Triple Alianza, haciendo que el emperador y el rey de España se adhiciesen á la política de la paz general, siempre sobre la base del tratado de Utrecht.

Recibido en Londres como un amigo de la nación, Dubois concurreó á bailes, cacerías y conciertos, asistió á banquetes de ochocientos cubiertos, tuvo indigestiones, fiebre y gota, fué sometido al régimen de leche y al fin hubo de encamarse. Cuando se restableció, renunció á conquistarse el aprecio de las gentes por su resistencia en la mesa, pues en realidad era un comedor y un bebedor mediano; se hizo enviar de París telas, modelos de vestidos y una gran muñeca para enseñar á las damas cómo se llevaban en nuestro país los trajes, los tocados y los mantos; ajustó los matices de las telas al color, al semblante y al talle de aquellas y discutió la longitud de las colas y la cuestión de los forros.

Durante las conferencias de Londres cometió España grandes imprudencias. Hubiera debido prever la aproximación de la Triple Alianza al emperador y aproximarse á su vez, lo más pronto posible á Carlos VI á fin de no quedar aislada, ó cuando menos no hacer nada que fuera una provocación respecto de Austria; Alberoni así lo comprendía, pero se vió obligado á someterse á la pasión del rey y de la reina, obstinados en sus proyectos sobre Italia. En mayo de 1717 fué detenido en el Milanesado el gran inquisidor de España como súbdito rebelde del emperador que continuaba llevando el título de rey de España, y entonces el gobierno español desembarcó tropas en Cerdeña y en 22 de agosto tomó posesión de la isla. El emperador no tenía buques para expulsar á los españoles, mas como negociaba ya con Jorge I un acuerdo basado en el de La Haya, denunció á la Triple Alianza la agresión de España. Stanhope y Dubois prepararon un arreglo ajustado á los términos de un convenio concertado en julio de 1718 y en virtud del cual se garantizaría á Felipe V la corona de España y al hijo mayor de Isabel Farnesio la sucesión de Toscana y de Parma, y Víctor Amadeo de Saboya cedería Sicilia al emperador, recibiendo, en cambio, Cerdeña. Pero España quería Parma y Toscana inmediatamente y se negaba á restituir Cerdeña y aun ocupó Sicilia en julio de 1718, en vista de lo cual el emperador se adhirió á la Triple Alianza por el tratado de Londres de 2 de agosto de 1718.

El emperador renunciaba á la corona de España con tal que Felipe V no pretendiera nada en los Países Bajos; proponía permutar con el duque de Saboya Cerdeña por Sicilia, y los hijos de Isabel de Farnesio tendrían Parma y Toscana, en cuanto se abriese la sucesión de ambos ducados, y como éstos eran feudos imperiales el emperador les daría las investiduras de los mismos. Pocos días después, el almirante Byng, que tenía instrucciones para oponerse á todo desembarco de los españoles en Italia ó en Sicilia, encontró una flota española á la vista de Siracusa y del cabo Passaro